

## AFICIÓN

### Fredric Brown

- He oído un rumor - comentó Sangstrom -, relativo a que usted... - volvió la cabeza y miró a todos los lados para estar completamente seguro de que él y el droguero estaban solos en la farmacia. El droguero era un hombrecillo con aspecto de gnomo, su edad podía ser cualquiera entre los cincuenta y los cien años. Estaban solos; pero, de todos modos, Sangstrom bajó la voz -: relativo a que usted tiene un veneno que no deja rastro alguno.

El droguero asintió. Salió del mostrador, cerró la puerta principal y se dirigió a una puerta en la parte posterior.

- Estaba a punto de tomar mi café - explicó - Acompáñeme a tomar una taza.

Sangstrom le siguió a un cuarto en la parte posterior, cubierto por estantes de botellas, desde el piso hasta el techo. El droguero enchufó una cafetera eléctrica, trajo dos tazas y las depositó en una mesa que tenía una silla a cada lado. Indicó una a Sangstrom y él tomó asiento en la otra.

- Bien - señaló -, dígame, ¿a quién desea matar y por qué?

- Eso no importa. ¿No es suficiente que le pague por...?

El droguero le interrumpió levantando una mano.

- Sí, importa. Debo estar convencido de que usted merece lo que puedo darle. De otro modo... - se encogió de hombros.

- Muy bien - aceptó Sangstrom. - Se trata de mi mujer. El porqué... - Empezó la larga historia. Antes de llegar al final, la cafetera terminó su tarea y el droguero interrumpió brevemente la historia, para servir el café. Sangstrom concluyó su narración.

- Sí - asintió el pequeño droguero -, ocasionalmente proporciono un veneno que no deja rastro. Lo hago sin coste alguno, si creo que el caso lo requiere. He ayudado a muchos asesinos.

- Bien - urgió Sangstrom -, dómelo entonces, por favor.

- Ya lo he hecho - sonrió el droguero -. Para cuando el café estuvo listo, ya había decidido que usted lo merecía. Como le dije, es sin cargo alguno. Pero el antídoto tiene un precio.

Sangstrom palideció y tomó sus precauciones, no contra las palabras que pronunciara el droguero sino contra la posibilidad de una traición o alguna forma de chantaje. Sacó una pistola de su bolsillo.

El droguero rió quedamente.

- No se atreverá a usar eso. ¿Podría encontrar el antídoto - señaló los estantes - entre tantos millares de botellas? ¿O quizá encontraría un veneno más rápido y virulento? Si cree que estoy fanfarroneando, que no está realmente envenenado, dispare entonces. Sabrá la respuesta dentro de tres horas, cuando el veneno empiece a hacer su efecto.

- ¿Cuánto por el antídoto? - gimió Sangstrom.

- Un precio razonable. Mil dólares. Después de todo, hay que vivir. Aunque sea un aficionado a evitar asesinatos, no hay razón para no sacar una pequeña ganancia de ello, ¿no cree?

Sangstrom gruñó y bajó la pistola, pero la dejó al alcance de la mano, mientras sacaba la cartera. Quizá después de conseguir el antídoto podría usarla. Contó mil dólares en billetes de cien y los puso sobre la mesa.

El droguero no hizo ningún movimiento para cogerlos.

- Otra cosa, para seguridad de su esposa y mía. Escribiré una confesión de sus intenciones: de sus iniciales intenciones de asesinar a su esposa. Entonces me esperará hasta que yo haya regresado de enviársela por correo a un amigo que trabaja en el

Departamento de Homicidios. El la conservará como evidencia, para el caso de que alguna vez decida matar a su esposa. O a mí. Cuando esté el documento en el correo, me sentiré seguro y podré regresar aquí para facilitarle el antídoto. Le daré papel y pluma...

»Ah, y otra cosa, aunque no sea una exigencia, desde luego. ¿Quiere correr la voz acerca de mi veneno sin rastros por favor? Uno nunca sabe, señor Sangstrom. Quizá la siguiente vida que salve sea la suya.

**FIN**